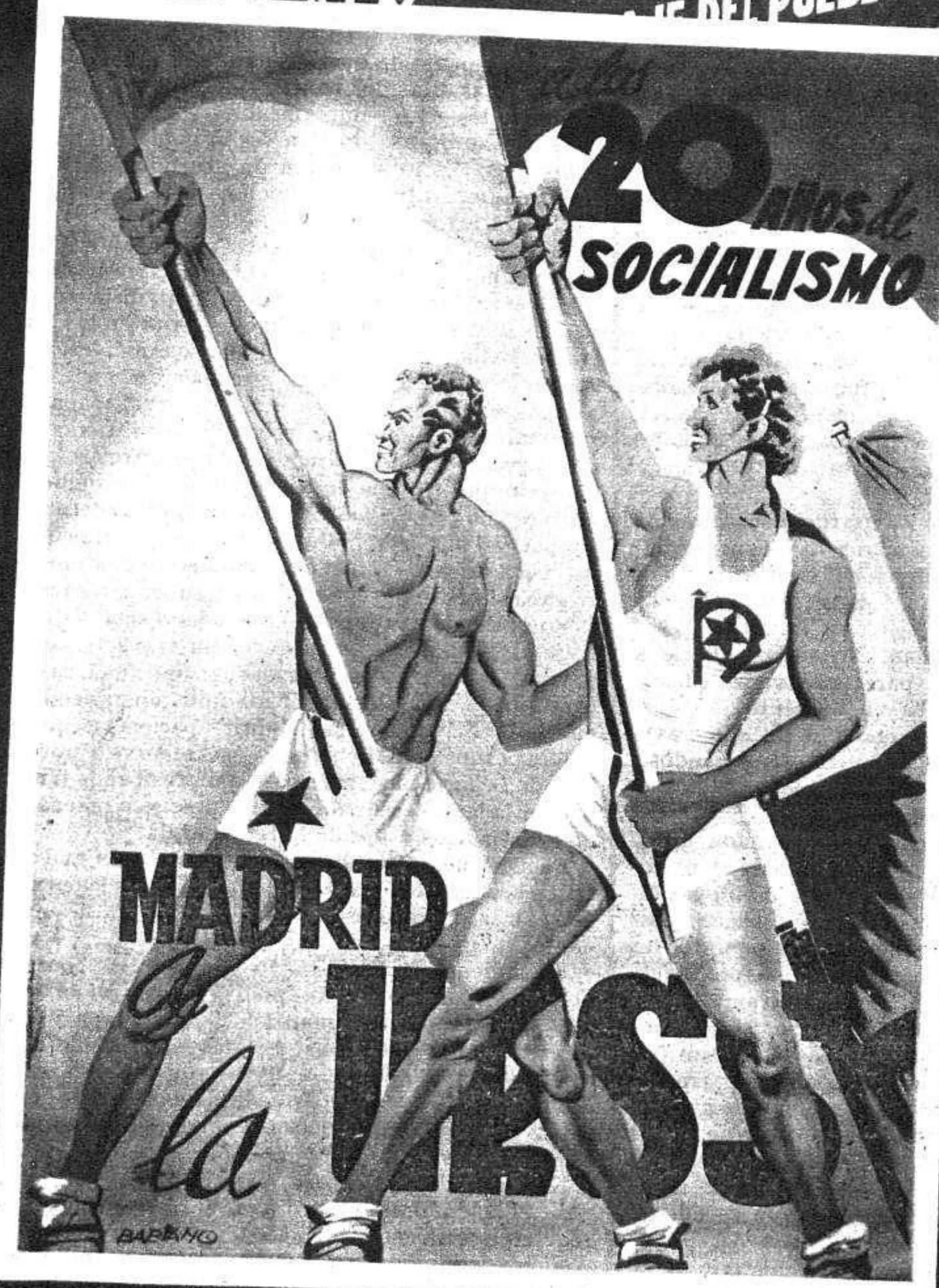
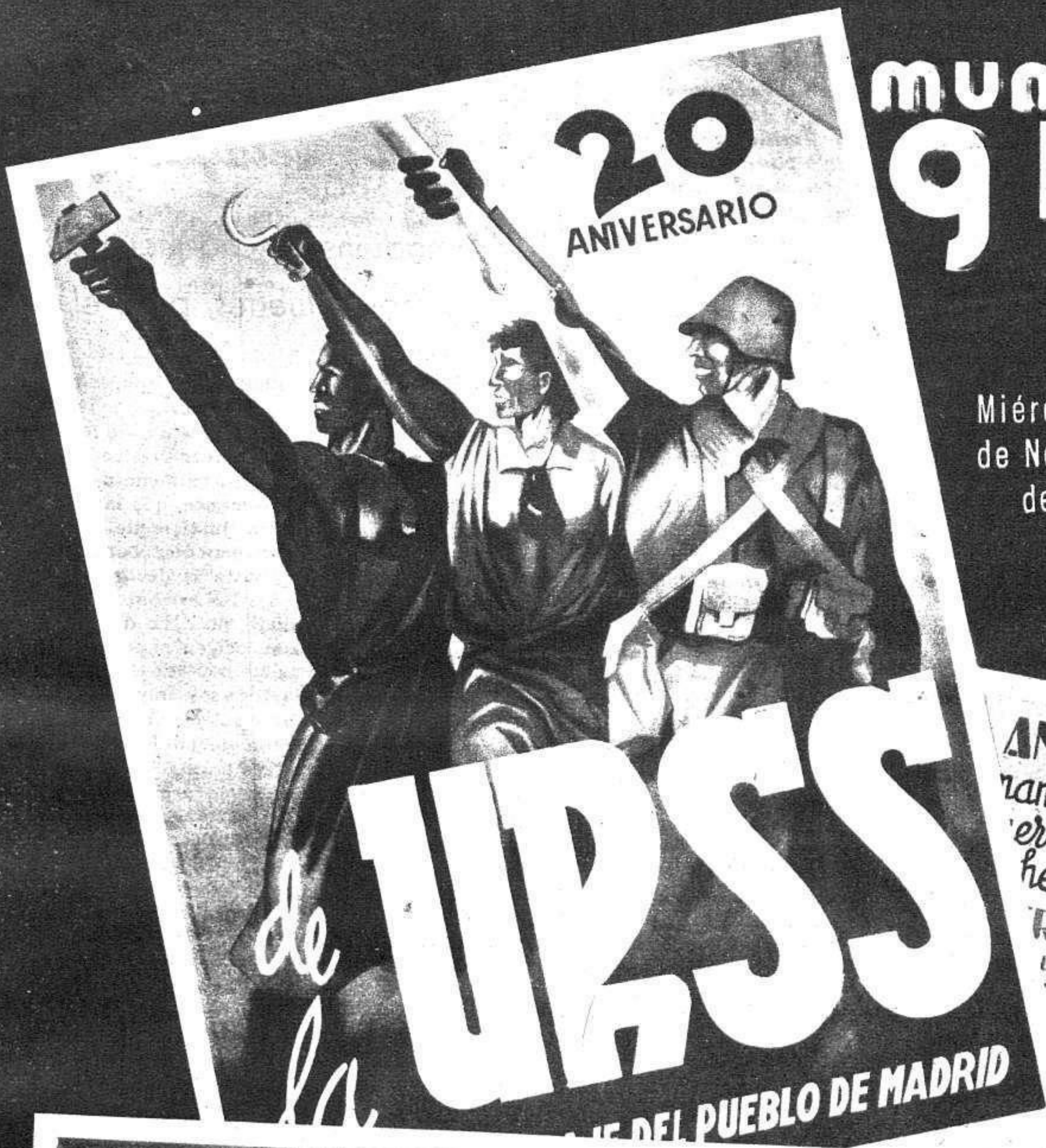


mundo gráfico

Miércoles, 3
de Noviembre
de 1937

AÑO XXVII
Número 1.357
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



1917-1937

En estos días en que se celebra el XX Aniversario de la nueva vida rusa, las calles de Madrid aparecen llenas de estos bellos carteles que los Amigos de la Unión Soviética han editado en recuerdo de aquella fecha histórica y como homenaje de Madrid al gran pueblo ruso

A nuestros lectores

Podemos ofrecer hoy a nuestro público, como habíamos prometido hacer en cuanto las circunstancias nos lo permitieran, doce páginas, en vez de las ocho que nos hemos visto obligados a dar en los últimos números de MUNDO GRÁFICO. Así lo haremos—y a ser posible con mayor cantidad de páginas, naturalmente...—siempre que nuestras existencias de papel nos lo permitan. No podemos, sin embargo, asegurar a nuestros lectores—ellos conocen bien el problema angustioso del papel para toda la Prensa—que este sincero deseo nuestro pueda ser realizado con regularidad.

Un pequeño David

El pueblo, aunque apenas contaba con cincuenta casas, tenía en aquellas circunstancias un gran valor estratégico. Habíamos fortificado rápidamente sus alrededores, convirtiéndolo, y aun lo sigue siendo, en una buena posición. En aquellos días estaba muy próximo el enemigo, y el Mando dispuso que fuese evacuada la población civil, para librarla de los peligros de un posible ataque y de la aviación enemiga, que ya, aunque sólo en vuelos de reconocimiento, nos había hecho más de una visita.

Fueron los vecinos desalojándose sus viviendas, utilizando nuestras camionetas y sus propios medios de transporte, llevándose cuanto podían de sus modestos ajuáres.

Ya hacía unas horas que se habían alejado los últimos evacuados, cuando se presentaron en el puesto de mando dos soldados, que conducían a un rapaz, casi un niño, que discutía, debatiéndose con gran energía entre las manos de los compañeros, como pugnando por desasirse de ellos. Habían encontrado al pequeño escondido en la cueva de la casa del pueblo más próxima a los parapetos.

—Aquí está este chico—dijeron los soldados—, que no quiere irse del pueblo.

—Pero ¿no se ha marchado tu familia? ¿Cómo no te han llevado?—le pregunté.

—Yo no soy de este pueblo, ni tenía aquí parientes. Trabajaba de zagal con el ganado.

—¿Y cómo quieres quedarte aquí, muchacho?

Muy decidido, respondió:

—Enrolado con vosotros.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece!—afirmó orgulloso—. Y os advierto que sé manejar un arma como el primero. Cuando estaba en el monte con el pastor y me dejaba su escopeta, no me fallaba un tiro. ¿Por qué no puedo ser soldado?

El muchacho, despierto y simpático, tenía un aspecto magnífico de robustez. Era una de esas criaturas a las que el trabajo prematuro y la vida sana del campo desarrolla precozmente.

No era posible, sin embargo, acceder a su deseo. Hacerse comprender no nos resultó fácil. El «chaval» se obstinaba, con magnífica tozudez, en convencernos. Quería demostrarnos «allí mismo» que él sería tan útil como el mejor de nosotros: que le diéramos un fusil, y se vería.

Al fin, cuando se convenció de lo inútil de su empeño y escuchó la orden de abandonar el pueblo en la primera camioneta que saliera, estalló su cólera infantil.

Con los ojos llenos de lágrimas, el gesto furibundo y la voz vibrante de indignación, me dijo con un acento inenarrable, con toda la furia de sus trece años magníficos:

—¿Me echáis? ¡Está bien! ¿Y vosotros sois los que queréis ganar la guerra?

No pudimos contenernos, y riendo, pero emocionados,



Página del combatiente

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

sa, en el riesgo que no «se ve» llegar.

Por eso no es extraño que los mismos hombres que han desafiado con valor máximo los peligros de un gran combate estén, en esos períodos de calma, inquietos, nerviosos, con el alma tensa. Y que esas treguas nocturnas sean pródigas en alarmas infundadas, que muchas veces bordean el terreno de lo cómico y que son luego el tema de anécdotas humorísticas.

Así ocurrió una noche en nuestro sector. Estaban dos centinelas parapetados tras una peña, a muy poca distancia de las trincheras enemigas, cuando advirtieron que en unos matorrales próximos parpadeaban unas luces que, de vez en cuando, se ocultaban y volvían a brillar.

Sin dar la voz de alarma, nos avisaron discretamente del suceso a cuatro o cinco compañeros más. Todos observábamos aquella misteriosa luminaria: eran minúsculos puntos brillantes. ¿Qué serían? ¿Cerillas? ¿Focos de linternas?

Contentamos nuestra ansiedad. No se escuchaba el menor ruido; pero las luces parecían avanzar hacia nosotros. Nuestra ansiedad iba en aumento.

Al fin, uno de nuestros compañeros se decidió a averiguar lo que fuera. Salíó del parapeto, arrastrándose, con la pistola empuñada y el oído atento.

Y así, sin que nada le inquietara, llegó hasta los matorrales próximos, donde las luces brillaban. Y entonces comprobó que aquellos puntos luminosos que habían producido nuestra alarma eran, simplemente, luciérnagas, gusanos de luz, que se deslizaban por las hojas de un chaparro.

¡Bien nos reímos de nuestra alarma! Pero aunque todos nosotros hemos estado en fuertes acciones de guerra, no se nos olvida, como un recuerdo de suprema emoción, el de aquellas luces misteriosas en la noche de la serraña. —REMIGIO GONZÁLEZ REICH.

dimos un gran abrazo a aquel pequeño héroe en potencia. —FERNANDO TRABADO GILLIS.

Luces en la noche

«Después de varios días de combate, no hay nada que impresione tanto al soldado como una noche de absoluta tranquilidad en el campo. Seguramente es por la fuerza del contraste. Los sentidos, habituados al ruido de la lucha, a las explosiones, a la tensión del combate, se encuentran de pronto como sumergidos, embotados por la calma. Y entonces, el silencio, que debía apaciguar el ánimo, se convierte en algo extraño, al que el hombre no se habitúa. Parece que el peligro se hace más grande, porque se nos antoja más misterioso en esas horas de calma, de silencio absoluto, que siguen a la lucha. Nuestra sensibilidad teme menos al estruendo, a la dramática realidad del peligro «visible» que a esa paz oscura, absoluta, preñada de pequeños rumores de las noches de calma, en que se piensa en la sorpresa,

De cara al invierno

Los atuendos guerreros en la retaguardia

«Canadienses», chaquetas de cuero y botas fuertes, para el frente

UN reciente decreto ministerial dispone, con alteza de miras y justa significación, que los ciudadanos encargados de menesteres de Justicia y de formar parte de los Tribunales vistan, al ejercer su misión, los trajes apropiados al decoro de su grave menester.

Quiere decirse, en buen romance, que la significación democrática, popular, de la Justicia de la República no está reñida en ninguna manera con el atuendo severo, la tradicional seriedad y hasta la decoración solemne que siempre fueren anejos a los atributos de las leyes. La Justicia, como la Milicia, no debe desprenderse jamás, cualquiera que sea su origen popular, de la apariencia que dé exterior respeto y sea símbolo de la jerarquía. El uniforme y la toga son imprescindibles. No está bien un juez—por muy justo que sea—en mangas de camisa, ni un general con «mono».

Ya Don Quijote, entre sus consejos al buen Sancho, gobernador de la Barataria, le decía: «Muchas veces conviene y es necesario, por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazón; porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos ha de ser conforme a lo que ellos piden, y no a la medida de a lo que su humilde condición le inclina. Vístete bien. No digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto.»

«Vístete con el hábito que tu oficio requiere.» Este decir sensato del glorioso insensato—cuerdo para cuanto no fuera su divina locura caballeresca—estaría bien ampliarlo a nuestra retaguardia. Estamos ya de cara—dentro—de un nuevo invierno de guerra. Y han vuelto a hacer su aparición, en la grey masculina de la ciudad, las «canadienses» de buena lana, los chaquetones de cuero, las botas altas, los pantalones de ante y gamuza, las polainas, los gorros impermeables.

Se está uniformando otra vez la población masculina, sobre todo los jóvenes, con un atuendo militar. No se hable de imperativos de la moda, que no está la Magdalena para tafetanes frívolos.

La consecuencia justa es ésta: para viajar en tranvía desde el hogar a la oficina o el taller, para ir a los cines o al teatro, para cruzar la ciudad, para disponerse a llevar los libros de contabilidad o trabajar en las fábricas, en las Redacciones, en los despachos oficiales o en los comercios, no hacen falta prendas de corte militar, abrigos abundosos, recios impermeables, «canadienses» y zamarras de cuero que, por otra parte, tienen su empleo apropiado en el campo y por nuestros soldados.

Cierto que el clima de Madrid es crudo en el invierno. Pero eso no justifica ese sobrepasado atuendo miliciano. No hace ni más frío, ni llueve más que en otros inviernos de época de paz, en que el ciudadano se contentaba con su gabardina, su abrigo corriente y sus zapatos modestos.

No es mucho pedir que el ciudadano siga vistiendo su traje civil habitual. Para hacer un trayecto en Metro, al ir a la oficina, o para despachar unos metros de tela, o escribir a máquina, no hace falta un atuendo semi-guerrero. Ni siquiera por cubrir apariencias que nadie exige: porque está dicho que igual se sirve a una causa, cuando se sirve bien, manejando un fusil en la trinchera, que trabajando en una industria precisa o en cualquiera de los servicios útiles de la retaguardia.

Rechacemos, pues, las prendas vestuarias que cuando no tienen por escenario el de la guerra pueden parecer un disfraz aparatoso que, por otra parte, no engaña a nadie.

«Canadienses», chaquetas de cuero, recias botas, altas polainas, pantalones de piel, fuertes impermeables, son prendas que reclaman los heroicos luchadores del frente. Que el ciudadano se resigne, muy orgullosamente, a serlo en el cumplimiento de sus deberes y también en la apariencia. Y ya es bastante. Las ropas y adminículos de forma militar deben ser entregados a quienes los han menester.

En una palabra: la toga, para el juez, y el uniforme, para el soldado. Cada uno con el hábito que su oficio requiere. Otra cosa, por parte del hombre civil, es usurpación o vanidad: dos defectos que ni en la guerra ni en la paz sirven para ganar nada.

J. F.

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano; que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente MUNDO GRÁFICO recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.

M A D R I D PRIMER ANIVERSARIO

TODOS los años, cuando Noviembre llegaba, la Prensa recogía obligadamente los temas de estos días primeros del mes: los muertos, Don Juan. Mandaba el tópico: los cipreses, los crisantemos sobre la tumba, la capa roja del burlador. Noviembre tenía, más que ningún otro mes, un acento de aniversario, de recordación.

Y así seguirá siendo. Habrá cambiado la vida, nuestra vida, y Noviembre continuará uniendo su nombre al recuerdo de los muertos y de Don Juan. Ahora mismo, bajo la guerra, habrá este año en Madrid siete *Tenorios*. (¿Qué importa la guerra? «Hombre es Don Juan que, a querer...») Los frentes seguirán ahí mismo, muy cerca, casi al alcance de la mano. Se oirá el estampido de los cañones próximos. Acaso en la calle los obuses harán su siembra trágica. No importa. Como todos los años, este mes de los muertos—más que nunca mes de los muertos, inmenso camposanto tantos campos de España—, en la «Hostería del Laurel», entre un coro alegre y multicolor de carnaval, Don Juan dirá una vez más su frase de siempre: «La apuesta fué porque un día...»

Estos eran los aniversarios clásicos de Noviembre. Pero Noviembre, desde ahora, tendrá en estos días primeros un aniversario más: el de Madrid. Todos los años, cuando estas horas lleguen, Madrid se erguirá con ímpetu nuevo en el pensamiento de los que viven y recuerdan. En aquellas horas inició la ciudad una etapa nueva de su vida. Eran horas profundas, cargadas de sentido, lleno cada minuto de dramatismo y de densidad histórica. Los instantes adquirían todo su precioso valor excepcional. Fué entonces cuando Madrid oyó, por primera vez, los cañones de la guerra—un ritmo bronco y hondo, que ya no había de dejar de escuchar a lo largo de todo el año—. Bandadas de gente llegaban en caravana dolorosa desde los pueblecitos cercanos, desde los arrabales. De la retina madrileña no se podrán borrar el color y la emoción de aquellos días que son ya recuerdo, bajo esta luz del primer aniversario.

Sangraban, palpitaban las titulares de los periódicos, recogiendo todo lo que había—angustia, coraje y fe, al mismo tiempo—en aquel instante que se estaba cuajando ya en historia.

Los periódicos eran, más que noticia, proclama, arenga, grito. La noticia no necesitaba del periódico; llegaba directamente, traída por el incendio de las bombas de aviación, por el estrépito de los

Estos eran los temas clásicos de Noviembre: los muertos y Don Juan. Pero este año, los días primeros del mes nos traen otra celebración: Madrid, en el primer aniversario de su resistencia



Madrid. La guardia vigilante, como un símbolo del espíritu de la ciudad

combates, por el desfile silencioso y triste de los que se veían obligados a dejar sus hogares. Varias de aquellas noches madrileñas—en Argüelles, en Preciados, en la Puerta del Sol—vieron rasgado su cielo por una roja claridad violenta de llamas.

Y así, de su dolor, Madrid—desdeñoso e invencido general «No importa»—labró una fecha con la que había de marcar su ingreso en la nueva Historia. Se enroscó, para no separarse más, a aquel mes de Noviembre. Noviembre será ya siempre Madrid. Todos los años, ese aniversario se alzará con su perfil ensangrentado y sereno, trágico y heroico. Noviembre era antes la recordación de otros temas—tradición y leyenda de la vieja vida española—. Pero desde ahora será, sobre todo, la evocación de aquel Madrid que hace un año atrajo sobre sí la expectación y la pasión del mundo.

1917-1937

¿Qué es para ti, camarada, lo más interesante de la nueva vida rusa?

1917. En Rusia ha empezado la Revolución. Ha empezado. No se puede decir que ha triunfado todavía, porque las revoluciones no triunfan cuando sus hombres escalan las cumbres del Poder, sino cuando con el Poder en las manos van modelando, con las formas del ideal revolucionario, la vida de los pueblos. Veinte años de labor tenaz.

1937. La Revolución ha triunfado en Rusia. Y en España empieza la Revolución. Una labor ¡quién sabe de cuánto tiempo aún! Pero que tiene como ejemplo, como ambición, quizá, aquella Revolución rusa.

1. Rosario Ortego. Ojos claros, que el trabajo de obrera encuadernadora no ha cansado cuando el periódico o el libro forman ante su curiosidad, con letra impresa, figuras de la vida rusa.

—Leo con interés todo lo que se refiere a Rusia—dice Rosario—. Y lo que más me hace admirar a aquel pueblo es el trabajo de sus mujeres en las fábricas, en el campo, donde realizan una misión difícil, no importa con qué esfuerzo, siempre con el pensamiento en un porvenir de superación. Acaso sin esta aportación de las mujeres la U. R. S. S. no sería desde 1917 lo que es hoy. Y pienso si cuando España tiene delante toda una obra revolucionaria todavía no empezada, llegada la hora de ponernos todos a ella, las mujeres españolas sabremos, como lo supieron las rusas, cumplir así nuestra misión.

2. Está empleado en una oficina. Ocho o nueve horas del *Libro Diario* al *Libro Mayor*. Y ahora, una ojeada al libro ruso.

—A través de algunas lecturas—dice Luis López Collado—, admiro el esfuerzo que representa la consolidación de los valores morales y materiales de aquel gran país; su influencia económica exterior frente a la primitiva negación sistemática de su divisa nacional, y la adaptación incesante y francamente liberal del Estado como representación genuina del pueblo a las exigencias de éste en cada período evolutivo.

3. Para Emilio Porta, estudiante, el aspecto más interesante de la nueva Rusia es el de sus Centros de enseñanza.

—Me interesa de Rusia la constante preocupación de su Estado por los problemas de la cultura y el cuidado de los profesores para que la cultura llegue al alumno como un medio natural de conocimiento y expresión. ¡Lejos aquellos sistemas pedagógicos abrumadores y sin posible asimilación intelectual para los muchachos!

4. Una repuesta de combatiente. Las palabras están salpicadas todavía del barro de las trincheras.

—Lo más interesante, el Ejército Rojo. Lo extraordinario que de aquellas Milicias Populares de 1917, a través de una caudalosa corriente cultural, con un Comisariado de clase, perfectamente organizado, ha-

ya surgido el Ejército más poderoso del mundo y el más celoso defensor de la paz—dice Victoriano Sánchez, comisario de Brigada en nuestro Ejército del Centro.

5. Ante la pregunta, Manolita del Arco, diez y siete años, que se inclinan sobre el pupitre en el aula de un Instituto con la actitud del sediento sobre la fuente, titubea antes de contestar.

—Pues... Así, de pronto... No sé... Acaso esas escenas de familia, el padre y la madre rodeados de sus hijos en torno a una mesa de comedor, en una sobremesa risueña, con una expresión radiante de bienestar, que las publicaciones gráficas están divulgando ahora en España contra aquella acusación que durante tanto tiempo se hizo a la U. R. S. S. de ser un disolvente de la familia y del hogar.

6. Agripina Moreno, «Femenina» del sector Oeste del Partido Comunista, responde:

—Todo es interesante en la nueva Rusia. Hace veinte años, uno de los pueblos más atrasados de Europa; un pueblo que bajo el látigo de los cosacos de sus zares y bajo el yugo de una superstición que hacía aparecer a sus zares mismos como seres casi divinos, vivía de rodillas y se puso de pie. Todo interesante. Pero yo quiero recordar ahora cómo se ha desarrollado el plan quinquenal y cómo ha revelado con sus formidables cosechas la forma raquílica con que el régimen capitalista explotaba las riquezas naturales enormes.

7. Y otra respuesta:

—La vida austera de los miembros del Gobierno, que ejercen los cargos como un sacrificio que se imponen para el progreso del país y el mejoramiento de la humanidad. Así, el comportamiento del pueblo y el esfuerzo creciente de los

trabajadores rusos apenas si puede señalarse como mérito individual, cuando, en realidad, no es sino consecuencia de una actitud y una conducta que se proyecta de sus más altos representantes—dice Emilio Muñoz Escudero—. Obrero tipógrafo. Combatiente desde aquellos días de Julio de 1936. La Sierra, Guadalupe, el Jarama... Herido cuando había conquistado ya los dos galones de teniente. Hoy, trabajador, en la retaguardia, de una imprenta que es casi una trinchera también.— J. R. C.





China en llamas



Arriba: El camino que conduce de Taiyuan a Tatung, ciudad rica en minas de antracita, situada en el centro del terreno de las hostilidades. En último término se ve una línea férrea en construcción

En el centro, a la derecha: Las fortificaciones de la ciudad china de Tatung, violentamente atacada por los japoneses

Abajo: Este chiquitín, cubierto por la sangre de sus padres, fué encontrado llorando en la estación de Shanghai, después de un bombardeo aéreo. Patético documental de la guerra sobre China este del chiquillo solo, llorando, entre los escombros de la estación bombardeada

AYUDA SUIZA A LOS NIÑOS DE ESPAÑA

Se ha inaugurado en Madrid un comedor para madres lactantes

En muchas tiendas suizas hay carteles que dicen: «Acordaos de los niños de España»



Una madre inscribiéndose con su chiquitín, por mandato oficial del médico, en el nuevo comedor



Dando de comer a los chiquitines

FUNCIONA en Suiza un Comité de Ayuda a los chiquillos de España. Realiza una propaganda activa en favor de las víctimas inocentes de nuestra guerra. Envía víveres y medicamentos en camiones especialmente destinados a este fin. Mantiene vivo el eco humano que nuestra tragedia despierta sentimentalmente más allá de las fronteras.

En los comercios suizos hay, puestos por este Comité, unos carteles, que dicen a los compradores: «Acordaos de los niños de España». Y junto a estos carteles, unas cestas para que puedan ser depositados en ellas los víveres adquiridos con destino a nuestros chiquillos por los que hayan querido atender aquel llamamiento. Esos víveres—leche condensada, chocolate, azúcar...—son los que luego vienen aquí para los «chavales» que ven su infancia ensombrecida por la guerra. (Este culto del niño tiene, como es sabido, en Suiza raíces hondas y entrañables; Pestalozzi es en este sentido la gran figura suiza.)



El ministro de Suiza en España durante su visita al comedor



La inscripción de las madres y los chiquillos que asisten al comedor

Y los camiones en que los víveres llegan son los que luego van continuamente de Madrid a Levante conduciendo evacuados. Así, la acción que tiende a atenuar los dolores de la guerra no se atenúa. Es como una pausa de emoción solidaria entre la violencia de la lucha.

Ahora, el Comité de Ayuda Suiza a los Niños de España ha creado en Madrid un comedor para madres lactantes y para sus hijos. En estos días lo han visitado las personalidades oficiales. El representante de aquella República en España ha acariciado a los chiquitines que comían en una larga mesa baja en el comedor claro y alegre.

Está instalado el comedor en la Casa de Maternidad. Una habitación muy amplia, llena de luz. A un lado, las mesas para las madres, y a otro, las mesas—más bajas, claro—para los chicos que pueden ya comer por sí mismos. El comedor está preparado para atender a cien madres y doscientos niños. Ahora asisten a él unas setenta madres lactantes y cerca de un centenar de chicos de edades cortas.

La comida es excelente. Una parte de ella se prepara con los víveres traídos desde Suiza, y otra, con los que directamente se adquieren aquí, por no ser fácil ni rápido su transporte (las verduras, las frutas...) Oficialmente, desde los Dispensarios del Estado son enviadas aquí las mujeres a las que es necesaria una mejor alimentación, por estar su naturaleza en condiciones deficientes para nutrir al hijo. Es decir, no basta tener un hijo para venir al comedor. Es preciso encontrarse en un estado—por esta o aquella causa—que requiera una alimentación mejor, más regulada. Y eso son los médicos los que han de decirlo.

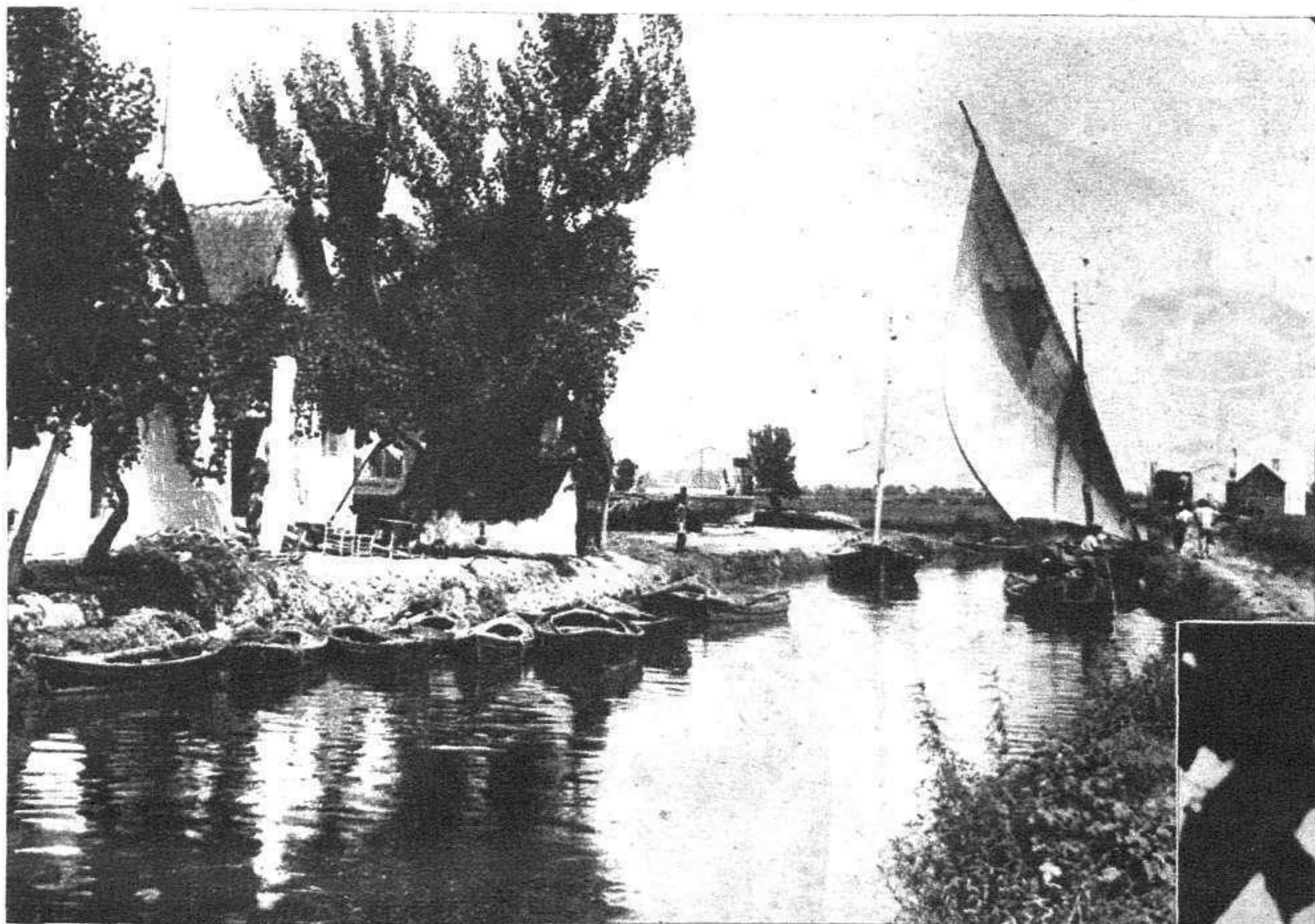
—Nosotros quisiéramos—dice Olgiati, el responsable entre nosotros de la labor que viene realizando el Comité de Ayuda Suiza—instalar más comedores, extender esta acción a otras muchas madres y otros muchos niños. Pero ustedes conocen las muchas dificultades que hay que vencer en estas circunstancias. Por lo pronto, que marche este comedor y que las mujeres y los chicos que vengan a él queden contentos.

Y quedan, efectivamente, contentos por la comida abundante y sana, por el ambiente grato, por el trato cordial. Ellas y ellos—las madres y los chiquitines—lo dicen, aquí y allá, con sus palabras. Y lo dicen, sobre todo, con su gesto, con su expresión de sana alegría auténtica, mientras comen en el comedor amplio y luminoso, abierto a un claro horizonte campesino.



Una perspectiva general del comedor instalado en la Casa de Maternidad por el Comité de Ayuda Suiza a los Niños de España

(Fots. Videal)



Por los amplios canales se deslizan las barcas que trasladan el arroz desde los campos a las trilladoras

el arroz desde los campos a las eras. Allí, el trote cansino de las bestias pone su punto de movimiento sobre la calma augusta del paisaje. Más allá es la trilladora mecánica la que destaca con su movimiento y su ruido, que hace arrinconar las salmodías de la trilla pintoresca. Es la canción del trabajo. La canción del trabajo, que suena viril y entusiasta entre los cantos guerreros que llegan desde las trincheras.

FAUSTO LAMATA

Este número ha sido visado por la Censura

VALENCIA

La siega del arroz, esfuerzo y ejemplo del "llaurador" valenciano

Retaguardia

TAMBIÉN en la retaguardia se lucha con denuedo contra el enemigo.

Intensamente, con eficacia verdadera, con entusiasmo grande, se trabaja en fábricas y talleres, laborando magníficamente, de una manera acodre con el esfuerzo brillante y heroico de los soldados del pueblo que luchan en las trincheras.

Y la huerta ha puesto también, desde el primer momento, toda su producción, y el huertano, todo su entusiasmo, realizando siempre el esfuerzo máximo para procurar el mayor rendimiento.

A Valencia no llegaron todavía los grandes horrores de la guerra, aunque no por ello haya dejado de sentirse herida por la metralla del enemigo, llegada hasta allí. Valencia no espera que lleguen. Pero aunque llegaran, se defendería con mayor entusiasmo que en todos los puntos. Porque sabe que al defenderse con toda su bravura, defendía también a todos los seres queridos, a todos los inocentes, a todos aquellos que huyendo de la gran tragedia habían llegado a ella, y ella les había abierto con todo cariño, con todo su amor, sus brazos de madre.

Paisaje

Pero la huerta sigue luminosa y riente cara al mar. Y en ella tienen descanso espiritual los que de lejanas tierras vinieron destrozados por la guerra.

Bajo el sol valenciano, la huerta aparece con toda su cegadora luminosidad meridional. Desde el lago de la Albufera a los bosques de Alcira, aljofarados de oro por las naranjas; desde las ruinas drúidicas de Sagunto, la heroica, a las playas soleadas y rientes del Cabanyal, los niños y las mujeres de nuestros combatientes evacuados de la tristeza y del horror sienten en el alma cómo la poesía tranquila de la visión luminosa, poesía simultáneamente energética y perezosa de esta tierra,

penetra y llega a su ánimo. Aquí y allá surge el amarillo quemante del sol, el azul vigoroso del espacio, el verde esmeralda de la planicie cultivada, inmensa y prolífica. Y rompiendo la monotonía griega de este acorde magnífico, la belleza árabe de las palmeras litúrgicas, implorantes como sacerdotes en oración, abriendo desmayadamente sus ramas en un gesto de inconsolable dolor, y las barracas, las alquerías, los caseríos enjalbegados de blanco, remanso de paz para los que fueron arrancados de la guerra.

Trabajo

En la huerta es constante el trabajo. Para el huertano no existen horas. Ahora, su trabajo es mayor y más constante. Y por ello constituye ejemplo magnífico de la retaguardia. Porque el huertano ama mejor que nadie la libertad. Y por eso la defiende con mayor entusiasmo y con mayor devoción.

Ahora, en la huerta se nota mayor ebullición de trabajo. Es la siega del arroz. Aquí y allá avanzan, en desplegada guerrilla, la colla de segadores, que con su afilada hoz van cortando la rubia planta. Avanzan con los pies hundidos en el fangoso terreno, la sudorosa frente humillada entre el continuo jadear del pecho. Allí, bajo la inmensa comba azul del infinito, el segador, caballero andante del llano y de la serranía, celebra la santa misa del trabajo. Flota en el quieto ambiente de la llanura el eco de una canción. Es la canción de la siega. La siega valenciana, que no es rubia, o dorada, o de fuego, como la de las pardas estepas castellanas; es azul. Azul intensamente. Como su cielo y su mar.

Y entre la tupida red de canales que cruzan la llanura extensa de los arrozales, que llegan hasta las quietas aguas de la Albufera, se deslizan majestuosos los barcos de blancas velas, cuyos cascos permanecen ocultos, mientras las grandes velas triangulares se deslizan sobre los altos ribazos, como fantasmas que caminan en tierra firme. Son las grandes barcas que trasladan



Sobre la alfombra de paja, el trote cansino de las bestias recuerda la trilla primitiva



La labor de descargar el arroz en las eras
(Fots. Vidal Corella)

La vida,
el amor y la
muerte de

"Mata-Hari"

IX (1)

Contraespionaje

Tormenta en el mar

MATA-HARI está en Madrid poco tiempo. Visita algunos centros alemanes, de carácter más o menos oficial, instalados entonces en la capital española. Pero los agentes franceses la vienen observando, y ningún movimiento de la artista pasa inadvertido.

Tras unos días, marcha de Madrid a un puerto del Norte. Embarca en el buque holandés *Hollandia*, rumbo a Amsterdam.

Comienza la travesía. Una noche en que *Mata-Hari* duerme profundamente en su camarote, un torpedero inglés se acerca al *Hollandia*. Sobre el mar se ha desencadenado una tormenta violentísima. Olas gigantescas golpean los buques.

El torpedero inglés hace las señales de ordenanza para que el otro barco se detenga. Un bote del buque de guerra se acerca al *Hollandia*, sorteando bravamente los zarpaos del oleaje enfurecido.

Llega el bote al pie de la escala del barco holandés. Un oficial británico sube a cubierta y habla con el capitán del buque.

—Mi capitán: lleva usted en su barco a la bailarina *Mata-Hari*. Sería conveniente que esta señora se trasladase a un buque de guerra para terminar su viaje.

En un despacho de Scotland Yard

Se dirigen al camarote en que *Mata-Hari* duerme. Unos golpes a la puerta, unas palabras. La artista se incorpora, protesta, grita. Al oír el escándalo, otros pasajeros se despiertan, aguzan el oído, se asoman a los corredores del barco. *Mata-Hari*, finalmente, se trasladada al buque de guerra, como pedía el oficial británico. El mar sigue embravecido bajo la noche oscura y hostil.

Los oficiales ingleses tratan con gran cortesía a la bailarina y borran en ella aquella áspera impresión de la primera noche. El buque llega a un puerto británico, en el que ya un automóvil está esperando a *Mata-Hari*. Tras unas horas de carretera, la bailarina se encuentra en el despacho del jefe de Scotland Yard, sir Basil Thompson.

Este comienza a hablarla. Dice que se sospecha de ella como espía; pero no dice los datos en que esta sospecha puede apoyarse. El interrogatorio es largo y minucioso. Cuando termina, el jefe inglés insiste en la creencia de que se trata de una espía. Ante esta última afirmación, *Mata-Hari* se levanta, transforma el gesto y el ademán, y grita indignadamente:

—¡Sí, es verdad! ¡Soy espía!... Pero no al servicio de Alemania, sino al de Francia, al de un país que es como mi segunda patria y al que quiero con toda mi alma...

De Inglaterra a España

Finalmente, *Mata-Hari* es puesta de nuevo en España. Lleva una escolta militar hasta Gijón, en cuyo puerto es desembarcada. Nada advierte *Mata-Hari*

reunirse con algunos oficiales de la Marina francesa. Se hace presentar al agregado militar de la Embajada. Mas la bailarina no logra inspirar a nadie confianza, y, sin saber por qué, siente en torno suyo como una atmósfera fría y hostil. A esta sensación se une otra inquietud. *Mata-Hari* ve que se le está acabando el dinero con que vino a España.

(Continuará en el próximo número.)

(Dibujo de Bayo)



durante la travesía de Inglaterra a España. Sin embargo, había tras ella miradas vigilantes y oídos sutiles.

Un agente francés de Contraespionaje la sigue en el barco, sin que ella se dé cuenta. Todo su equipaje es registrado minuciosamente. Un día, mientras la bailarina está comiendo, son registrados también su camarote y sus vestidos. Y otro día, a bordo, se pone muy enferma. Un mal repentino y extraño la hace perder el sentido. Está en el salón de fumar del buque. Alguien, sentado cerca de ella, advierte que aquella mujer está sintiéndose mal. Se aproximan, la trasladan, desmayada ya, a su camarote, en el que una enfermera la atiende.

La enfermera desnuda rápidamente a la mujer que ha perdido el conocimiento. A medida que le quita la ropa, va pasando todas las prendas a un hombre que está en el corredor. Este registra detenidamente las ropas, sin encontrar nada en ellas.

Pocos momentos después, acostada ya *Mata-Hari*, la enfermera comunica a aquel hombre que la bailarina no llevaba tampoco ningún objeto oculto sobre su cuerpo.

Mata-Hari va sintiéndose, poco a poco, mejor, y, por la noche sube ya a cubierta. ¿Cómo ella, fuerte siempre, con una excelente salud, pudo ponerse enferma tan extrañamente, sin una causa clara? La mujer no encuentra una respuesta a esta interrogación suya.

Mientras ella pasea sobre cubierta, bajo la noche, desde la cabina de telegrafía sin hilos se envía un despacho cifrado al capitán La Doux, jefe del Contraespionaje francés. En ese despacho se decía que las cinco cartas entregadas a la bailarina no estaban ya en poder de ésta.

Otra vez en Madrid

Mata-Hari desembarca en Gijón, sin haber advertido ninguno de estos pasos, que estaban tendiendo en torno a ella una red de tragedia. De Gijón se traslada a Madrid. En Madrid se instala en dos lujosas habitaciones del Hotel Palace, situadas junto a las que ocupa el agregado naval de la Embajada alemana, Herr von Kroon.

Mata-Hari está en Madrid unas cuantas semanas. Suele

SANGRISÁN

DEPURATIVO

PERFECTO DE LA SANGRE
Venta en todas las farmacias.

(1) Véanse los capítulos anteriores en los números de MUNDO GRACIA correspondientes a los días 8, 15, 22, 29 de Septiembre; 6, 13, 20 y 27 de Octubre.

HISTORIAS DE NUESTRA GUERRA

III

Aquella enfermera de aquel día...

En un pueblecito no lejos del frente se había instalado un hospital de urgencia. Estaba en la única casa de dos pisos, en la más fuerte y mejor acondicionada. Tenía alrededor un gran jardín, y ante el portal, una parra ubérrima y sombría. En un tiempo fue finca de recreo, solaz de sus amos, que, propietarios también de muchas tierras del contorno, sólo venían a habitarla durante las épocas de caza, cuando de Madrid llegaban, en brillantes automóviles, partidas de invitados, señoritos ociosos, que, con su atuendo campero, eran la admiración de los pobres labriegos, sujetos como bestias cansadas al trabajo incesante sobre una tierra hostil. La guerra, con su dramatismo múltiple, había redimido a la casona de su tacha de origen. Donde antes sólo vibraban las risas, las canciones que celebraban orgiásticamente el buen éxito de una partida de caza, ahora aullaba el dolor humano. En las noches ya no se exhibían tímidos animales muertos por el plomo del cazador. Ahora eran hombres desgarrados por la metralla, vidas que clamaban sus profundas angustias. El dolor humano, verdadero y fecundo, purificaba como un agua lustrar el caserío, solaz de parásitos.

La aviación fascista había volado la tarde anterior sobre el pueblo y—esto ha ocurrido muchas veces—se había ensañado precisamente sobre la zona del pueblo en que estaba enclavado el hospital. En el jardín habían estallado dos bombas, y la metralla había arrancado algunas puertas y entrado por las ventanas del edificio.

A la mañana siguiente, muy temprano, se repitió el raid, y la artillería fascista empezó desde lejos a bombardear el pueblo. Recibimos orden de evacuar el hospital. En el frente se había entablado un violento combate, y de vez en cuando los obuses estallaban en las callejas del pueblo.

La tarea era lenta y penosa, porque casi todos los heridos eran precisamente los más graves. Los que, por su estado, no podían ser trasladados sin peligro en los primeros momentos. Pero ante la amenaza enemiga, que empezaba a asediar el pueblo, había que correr el riesgo del transporte.

Una enfermera—siento no recordar su nombre, pero sí que era una muchacha de mucha belleza y de una energía magnífica—era la que más se distinguía ayudándonos. Ella tenía para cada herido una frase alegre de estímulo y de consuelo. Ella incorporaba en su lecho a los heridos, con palabras de mimo maternal, y nos hacía advertencias sobre cómo debíamos conducirlos para producirles la menor molestia posible.

Quedaba el último herido: un soldado que con el pecho destrozado por la metralla estaba en un estado de inconsciencia. Para él fueron los mejores cuidados de la enfermera. Desde fuera nos apremiaban, porque el combate arreciaba y cada vez era mayor el bombardeo sobre el pueblo. La enfermera se había quedado la última para auxiliarnos. Entre dos camaradas transportábamos con todo cuidado al pobre herido. Salimos a la puerta de la finca en el momento que eran mayores las explosiones sobre el pueblo.

La camioneta, descubierta—en aquellos días no se podía exigir más perfección a los servicios—, aguardaba en la carretera. Salimos al jardín. Por si era poco, en aquellos momentos caía una lluvia intensa y fría, un verdadero chaparrón otoñal.

Estábamos ya bajo la parra, con nuestra doliente carga, cuando la enfermera nos gritó:

—¡Esperadme un momento! ¡No salgáis al raso hasta que yo no vuelva!

Tronaban cada vez más fuertes las explosiones. Nos detuvimos. La parra, aún muy tupida, era un buen resguardo para la lluvia.

La enfermera desapareció dentro de la casona. A los pocos segundos, una granada cayó sobre el tejado del hospital. Sentimos derrumbarse tabiques y saltar la metralla.

Instintivamente, dimos un grito de horror, pensando en la muchacha, que estaría justamente en el piso alto, de donde habíamos bajado al herido.

Pasaron unos minutos de angustia. Y al cabo de ellos,

apareció otra vez en el jardín «nuestra enfermera». Venía jadeante, traía llenos de polvo y tierra el traje y los cabellos. La explosión le había cogido en el piso, y, de milagro, no había quedado sepultada entre escombros.

Eso no importaba para que en su rostro brillara una magnífica sonrisa alegre, al decirnos con su deje de madrileña castiza:

—¡Se han «chinchado», porque cuando tiraron, ya había yo cogido lo que quería y bajaba las escaleras! Ahora ya podemos irnos.

Y mostraba «el tesoro» por cuyo rescate acababa de jugarse la vida: ¡un paraguas!

Lo abrió presurosa, y se colocó al lado del herido, para cubrirle con el artefacto. Sólo hizo un gesto de conmiseración al decirnos, refiriéndose al soldado:

—¡El pobre está tan mal, que no sé si podría resistir

una mojadural! Con el paraguas, yo me cuidaré de taparlo por el camino...

¿Cómo te llamabas, linda mujer heroica? ¿En dónde estás? No lo sé. Pero sí sé que los que te vimos aquel día bajo la doble lluvia—agua del cielo, fuego de la maldad de los hombres—, no podremos olvidarte nunca.

JUAN FERRAGUT

APOPLEJIA -PARALISIS-

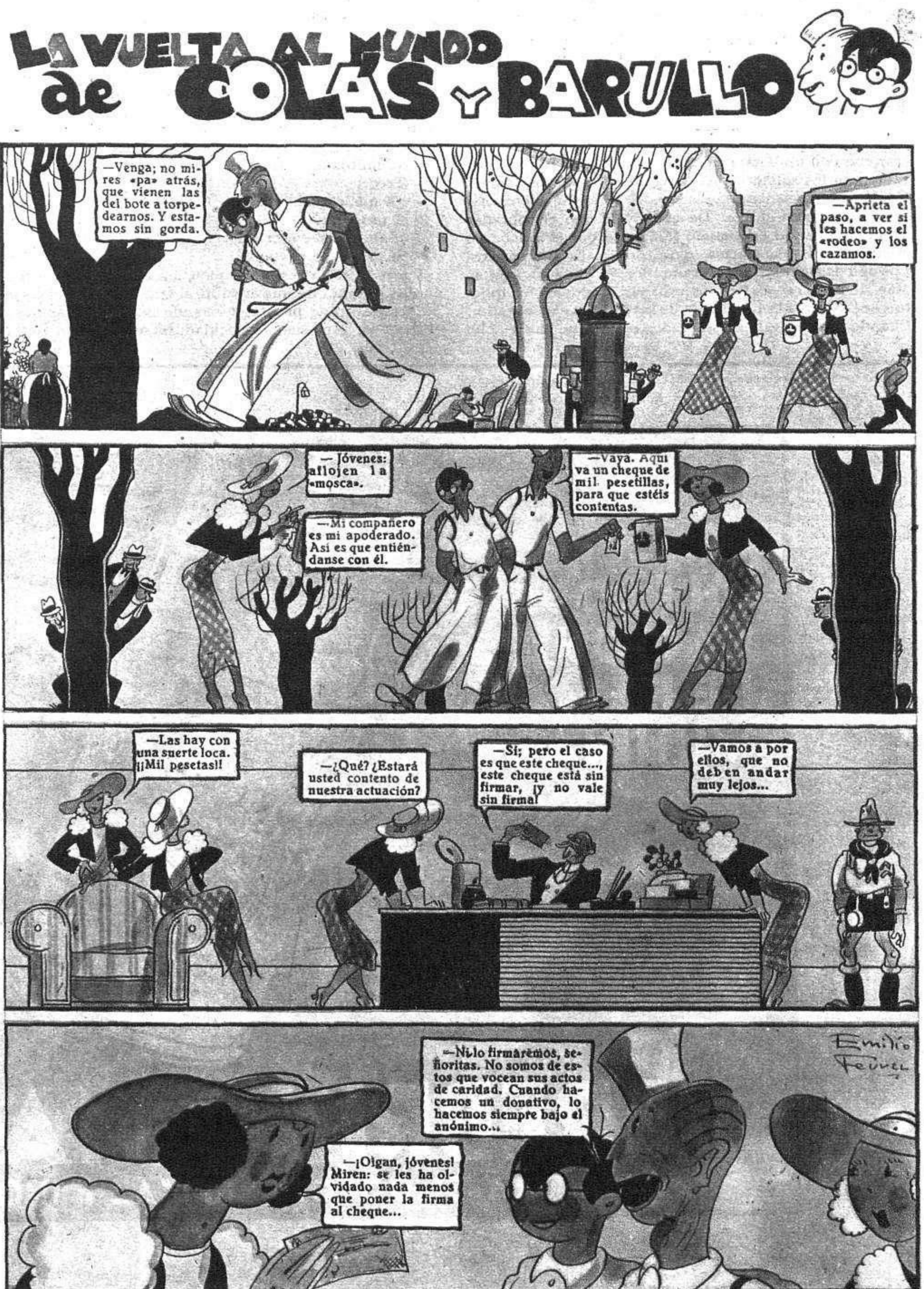
Angina de pecho, Vejez prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión

Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precusores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rama o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias médicas de varios países: suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2. Barcelona, Segalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.



Ahora—¿por qué?—hay más niños que nunca por las aceras y las calzadas de las calles de Madrid. Sobre todo, en ese barrio que ha recibido la emigración angustiosa de los madrileños que abandonaban su casa para sustraer el pecho que hubiera sido diana propicia a la crueldad de los obuses del fascismo europeo, los niños han encontrado en las aceras y en el parque público de su recinto un área propicia de terreno donde desarrollar sus iniciativas traviesas de burla y de inquietud. Por las aceras circulan ahora, con peligro de los pies transeúntes, los patines adquiridos en el bazar y esos carritos elementales hechos con un cajón y un juego de ruedas chirriantes, entre el espanto de las parejas que suben y bajan.

Cuando la acera no ofrece un campo demasiado amplio, los chicos saltan al centro de la calle, con gran espanto de los transeúntes, que ven la inminencia del atropello. O se meten en el parque público, dispuestos a hacer lo contrario de esas normas de buen vivir infantil que ellos han leído en la escuela pasando las páginas del *Juanito*.

¿Por qué hay ahora esa nube de niños por las aceras y las calzadas de las calles de Madrid? Quede la respuesta para los que tienen la obligación de hacerse la pregunta a la hora de hacer un informe oficial con vistas a la evacuación de personas que no realizan un trabajo beneficioso para el frente en la retaguardia relativa de la ciudad. El reportero cumple la suya—ver, oír y contar—relatando lo que ha visto en un trozo de quinientos metros en la calle más céntrica de Madrid, y en sus alrededores, entre las tres y las cuatro de la tarde.

Racimo infantil en la trasera de los tranvías

Por la amplia calzada madrileña suben y bajan los tranvías con un lleno magnífico de viajeros que se encaraman en los salientes más inverosímiles de los coches. En la trasera, encaramados en la línea de hierro del tope, van cinco chicos. De nada vale que el cobrador saque de cuando en cuando la cabeza por el balcón de cristal de la plataforma posterior para increparlos. Los chicos siguen terner, tranquilos, empecinados en su afán de recorrer distancias urbanas, dándoles un quiebro de cintura a la breve caja de los billetes del cobrador. Cuando llega una de esas paradas en las que hay mucho

MADRID

LOS NIÑOS DEBEN SER EVACUADOS INMEDIATAMENTE

público que baja, los niños se apean de la línea del tope para esperar de nuevo el momento del arranque y volver a subir. Estos cinco que van ahora allí acaban de tirarse a tierra. El mayor es un zagalón despierto, al que los demás respetan, acatando sus órdenes.

—¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—¿A qué escuela vas?

—A ninguna.

—¿Sabes leer y escribir?

—Sí. Y ya es bastante.

Luego, con un gesto olímpico, sin esperar nuevas preguntas, intenta de nuevo subir al tranvía. Pero el cochero ha arrancado de pronto, y cuando intenta llegar hasta él lleva ya demasiada velocidad. Y se queda en tierra

El que enciende el cigarrillo en un farol

El chico mayor ha hecho un cigarrillo. No tiene cerillas con que prenderle. Pero sus ojos han visto un farol, casi destruido, sin cristales protectores, al que una explosión próxima desorganizó el aparato de relojería encargado de regular exactamente la hora del alumbramiento. Por las grietas del hierro fundido se le escapa el gas, que arde tranquilamente, sin hacer caso de las Ordenanzas Municipales. Y el chico, agotada su capacidad de paciencia, después de reiterados ruegos a los transeúntes para que le enciendan el cigarrillo, trepa por la columna del farol para encender por donde el gas se escapa. Luego se vuelve a los compañeros y les dice, con un gesto de suficiencia y de orgullo:

—¿Véis? La cosa no puede ser más fácil.

«Sube a detenerme, si puedes»

Allí cerca hay una estatua. Una estatua ecuestre, clavada en el centro de la calle, como un guardia de la circulación, a caballo, para que no se extralimiten los autos ni los peatones.

—¿Has visto la cara de tonto que tiene ese general?—dice uno de los chicos.

—Vamos a vérsela cerca.

Y sin más comentarios, saltan la verja de hierro, trepan por la superficie lisa del pedestal y se encaraman en la grupa del caballo de bronce.

Cuando llegan los guardias, dispuestos a impedir el atentado a la normalidad urbana, el que abraza la cascaca de bronce del general le grita, con el orgullo del montañero que ha logrado escalar la cima más alta:

—¿Sí? ¡Pues sube a detenerme!

El grito inútil

Y ahora, a la vista de estos niños, sin más control que el nervioso de sus travesuras, una pregunta escueta: ¿Qué hacen esos niños en Madrid?

Por todas las esquinas de la ciudad hay un mandato de carteles brillantes que gritan: ¡Evacuación, evacuación, evacuación!

ANTONIO OTERO SECO

**UN PRODUCTO
NACIONAL
DE FAMA
MUNDIAL**





CEREBRINO MANDRI

CONTRA EL DOLOR EFICAZ E INOFENSIVO

RIALTO

Grandioso éxito de la película española de
EUSEBIO F. ARDAVIN

EN BUSCA DE UNA CANCION

con Luchi Soto, Polita Bedrós y Ricardo Núñez

BARZUELA TEATRO DE ARTE Y PROPAGANDA

Gran éxito de

LA TRAGEDIA OPTIMISTA

Drama de la guerra civil rusa, original de
VSEVOLOD VISCHNIEWSKI

ESPECTÁCULOS

FUENCARRAL

Tenorio Musical

Exito de risa, por *Blanquita Suárez,*
Valeriano R. Paris y Manuel Hernández

CAPITOL

Exito grandioso de la
magna producción de
Alexander Korda

La vida futura

CALDERON

GRANDIOSO PROGRAMA
DE VARIETÉS

La Yankee

Carmen Flores ★

Dharry Sixters

Cojo Madrid

★ *Aguilera*

Ballesteros

Stela, etc.

ASCASO

Don
Juan Tenorio

por
PEPE ROMEU

Palacio de la Música

La gran producción
de intriga y misterio

SHANGHAY

con *Loretta Young,*
Warner Oland y *Charles Boyer*

AVENIDA

La 5.^a SEMANA
de la gran pe-
lícula española

Reina Mora

La gran obra musical del maestro SERRANO

ESCENARIOS DE LA GUERRA FRENTE DEL CENTRO

